

Las afecciones de la Iglesia terrenal o Pese a la enseñanza de Jesucristo

Comprensión tergiversada del misterio de la Eucaristía

El misterio de la Eucaristía está estrechamente vinculado con el cuerpo de la resurrección considerado en el capítulo anterior. Un concepto confuso sobre el lleva hacia graves tergiversaciones en la comprensión de la Eucaristía.

Como se sabe, bajo la Eucaristía se entiende la comunión del cuerpo, es decir, de la carne y sangre, de Jesucristo preceptuada por Él Mismo. Pues, los apóstoles Mateo, Marcos y Lucas escriben que durante la Cena

“tomó Jesús pan y lo bendijo, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: «Tomad, comed, éste es mi cuerpo.» Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio diciendo: «Bebed de ella todos, porque ésta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados.» (Mt 26: 26-28; Mc 14: 22-24; Lc 22: 19-20)

Además, según el apóstol Lucas, el Señor añade: **“haced esto en recuerdo mío.”**

En cuanto al apóstol Juan, este nos comunica la siguiente aclaración dada por Jesús al respecto:

“Yo soy el pan de la vida. El que venga a mí, no tendrá hambre, y el que crea en mí, no tendrá nunca sed. (...)

Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. **Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo.** (...)

En verdad, en verdad os digo: **si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.** El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí.” (Jn 6: 35, 51, 53-57)

Esas palabras chocaron a muchos de sus discípulos, pues las interpretaron como una llamada al canibalismo. “Es duro este lenguaje”, dijeron. “¿Quién puede escucharlo?” (Jn 6: 60) Y “Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él.” (Jn 6: 66)

Ellos no entendieron al Señor, porque Él no sólo hablaba, sino también actuaba siempre en parábolas,¹ a menudo concluyendo o anticipando sus palabras con la advertencia: “El que tenga oídos, que oiga”. Y cuando sus discípulos lo preguntaron

1. Es suficiente recordar, por ejemplo, la alimentación de los discípulos con los panes y peces o su entrada a Jerusalén montado al asno, etc.

“¿Por qué les hablas en parábolas?” El les respondió: «Es que a vosotros se os ha dado el conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no. Porque a quien tiene se le dará y le sobraré; pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará.» (Mt 13: 9-12)

A ellos se les había dado el conocer, porque su razón y su corazón estaban abiertos para la aprehensión de las verdades Divinas. – Eso se concluye de las palabras del Jesús Mismo, pues, como Él explica en otro lugar, quienes no tienen oídos, son aquellos, cuyo corazón se ha embotado, quienes “han hecho duros sus oídos, y sus ojos han cerrado; no sea que vean con sus ojos, con sus oídos oigan, con su corazón entiendan y se conviertan, y yo los sane.” (Mt 13: 15) En otros términos, los que no tienen oídos, son aquellos, cuya razón está ofuscada por la ausencia en ellos del espíritu del amor. Por eso las parábolas del Señor son incomprensibles para ellos, como eran incomprensibles para aquellos judíos que, según el apóstol Juan, pidieron señales de Jesús y “Jesús les respondió: «Destruid este Santuario y en tres días lo levantaré.» Los judíos le contestaron: «Cuarenta y seis años se han tardado en construir este Santuario, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?» **Pero él hablaba del Santuario de su cuerpo.**” (Jn 2: 19-21)

Así que ellos entendieron sus palabras en el sentido literal. Mientras que entenderlas en el sentido literal significa tropezar contra la piedra de tropiezo.

Pero ¿qué supone el Señor diciendo la carne (o el cuerpo) y la sangre? Respecto a la carne (o el cuerpo) el apóstol Juan nos comunica:

“En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. (...) **Y la Palabra se hizo carne**, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad.” (Jn 1: 1-2, 14)

¿Qué significa eso? Significa que la Inteligencia se encarnó en la Palabra que se manifestó en el hombre lleno de gracia y verdad.

De ahí se hace claro que ofreciendo su carne (o el cuerpo) como comida y su sangre como bebida Jesús supone precisamente la Palabra de Dios, que es el pan que comulga al hombre con Dios. El apóstol Pedro la compara también con la leche llamándola espiritual.

“Como niños recién nacidos”, dice, “desead la **leche espiritual** pura, a fin de que, por ella, crezcáis para la salvación, si es que habéis gustado que el Señor es bueno.” (1Pedro 2: 2-3)

En cuanto a la sangre de Jesús, Él Mismo nos apunta que bajo la sangre supone al Espíritu de Dios:

“El espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada,” dice concluyendo sus palabras sobre la necesidad de comer su carne y beber su sangre, citadas arriba, “**Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida.**” (Jn 6: 63) Con esa última frase Él muestra que lo dicho no se debe entender literalmente.

Además, la Palabra de Dios, como alimento que reaviva y salva, se presenta también en el Antiguo Testamento. Hay muchas muestras de lo que los reyes y los profetas la entendían justamente así. He ahí, por ejemplo, algunas declaraciones del rey David, referidas a esto:

“**¿Cuán dulce al paladar me es tu promesa, más que miel a mi boca!**” (Sal 119: 103) “(...) **tu promesa me da vida.**” (Sal 119: 50) “**Jamás olvidaré tus ordenanzas, por ellas tú me das la vida.**” (Sal 119: 93)

Como vemos, aquí *la promesa* que al paladar es más dulce que miel y que da vida, igual que *las ordenanzas de Dios*, se refieren a la Palabra de Dios. Es evidente que el sentido de este párrafo es “eucarístico”.

Lo mismo leemos en el libro de Jeremías:

“Se presentaban tus palabras, y yo las devoraba; era tu palabra para mí un gozo y alegría de corazón, porque se me llamaba por tu Nombre Yahveh, Dios Sebaot.”
(Jer 15: 16)

Aquí también vemos que después de *comer* las palabras del Señor el profeta adquirió el nombre de Él, es decir, consiguió su imagen y semejanza y, respectivamente, su alma renació para la vida eterna.

De la misma comida habla también el profeta Ezequiel aclarando a la vez un objetivo más de tal alimentación, a saber: su propagación. Como nos comunica, Dios le dijo:

“«Hijo de hombre, aliméntate y sáciate de este rollo que yo te doy.» Lo comí y fue en mi boca dulce como la miel. Entonces me dijo: «Hijo de hombre, ve a la casa de Israel y háblales con mis palabras.»” (Ez 3: 3-4)

Creo que es innecesario aclarar que el rollo mencionado contenía la Palabra de Dios, que el profeta, después de comerla, debía difundir para la edificación de los otros hombres que tengan oídos para escuchar.

De los fragmentos citados se ve que la Palabra de Dios fue dada y sirvió para el mantenimiento del vínculo del hombre con el mundo Divino a través de la purificación y transformación de su esencia pecador - “Por tus ordenanzas cobro inteligencia, por eso odio toda senda de mentira”, dice el rey David (Sal 119: 104). Y por esa razón la Palabra de Dios *se compara* con el pan que mantiene la vida del hombre sobre la tierra. Como vemos, los reyes y los profetas “comían” justamente la Palabra de Dios. En el Antiguo Testamento la Palabra de Dios, dada por Moisés, se llama *maná del cielo*. Mas si la Ley del Antiguo Testamento, escrita sobre las tablas celestiales fue dada *desde fuera* y a los pecadores para el discernimiento y la doma de sus pasiones lujuriosas, la Fe del Nuevo Testamento ya se trata de los justos que odiaron el pecado, y supone la misma Ley ya escrita sobre sus corazones, es decir, insertada en sus carnes y sangres, según la promesa de Dios:

“(…) pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo.” (Jer 31: 33) Pues se ha dicho también que “En efecto, no por la ley, sino por la justicia de la fe fue *hecha* a Abraham y su posteridad *la promesa* de ser heredero del mundo.” (Rom 4: 13) Precisamente a eso se refiere el Señor diciendo: “Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que quien lo coma no muera.” (Jn 6: 48-50)

Significa que el conocimiento de la Palabra de Dios salva al hombre sólo cuando el hombre la entiende no como una opresión de su carne, sino como la carne misma, como su manifestación natural, es decir, cuando el Espíritu Santo circula en ella, igual que la sangre. Juntos la Palabra y el Espíritu Santo forman el cuerpo espiritual (no físico), o el alma, de Jesucristo. Lo confirman también las siguientes palabras del apóstol Pablo:

“En efecto, así es como dice la Escritura: Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el último Adán, espíritu que da vida.” (1 Cor 15: 45)

Lo que es precisamente la Palabra de Dios la que regenera al hombre, atestigua también el apóstol Pedro diciendo:

“Habéis purificado vuestras almas, obedeciendo a la verdad, para amaros los unos a los otros sinceramente como hermanos. Amaos intensamente unos a otros con corazón puro, pues **habéis sido reengendrados de un germen no corruptible, sino incorruptible, por medio de la Palabra de Dios viva y permanente.** Pues toda carne es como hierba y todo su esplendor como flor de hierba; se seca la hierba y cae la flor; pero la Palabra del Señor permanece eternamente. Y esta es la Palabra: la Buena Nueva anunciada a vosotros.” (1 Pedro 1: 22-25)

La Palabra viva de Dios, o Jesucristo, es la Palabra repleta del Espíritu Santo. A eso se refería también el rey Salomón cuando, como si anticipando el Nuevo Testamento, en uno de sus proverbios escribía del nombre de Dios Quien, de hecho, se identificó a sí Mismo con la Palabra:

“Dichoso el hombre que me escucha velando ante mi puerta cada día, guardando las jambas de mi entrada. **Porque el que me halla, ha hallado la vida,** ha logrado el favor de Yahveh.” (Pb 8: 34-35)

En el siguiente fragmento hablando *de la sabiduría* que da vida al hombre, Salomón en realidad se refiere a la Palabra de Dios llena del Espíritu Santo, que es la única fuente de la sabiduría para el hombre, acercándolo al Árbol de la Vida:

“Dichoso el hombre que ha encontrado la sabiduría y el hombre que alcanza la prudencia; (...) Es árbol de vida para los que a ella están asidos, felices son los que la abrazan.” (Pb 3: 13, 18)

Muchas veces él recurre también a la fuerza curativa y salvadora de la Palabra de Dios, siempre contraponiéndola a los remedios terrenales de sanación.

“Ni los curó hierba ni emplasto alguno”, dice, **“sino tu palabra, Señor, que todo lo sana.”** (Sb 16: 12) o

“no son las diversas especies de frutos los que alimentan al hombre, sino que es tu palabra la que mantiene a los que creen en ti.” (Sb 16: 26)

De lo mismo leemos en el Eclesiástico:

“Toda obra corruptible desaparece, y su autor se irá con ella. Feliz el hombre que se ejercita en la sabiduría, y que en su inteligencia reflexiona, que medita sus caminos en su corazón, y sus secretos considera.” (Si 14: 19-21) o

“feliz quien ha encontrado la prudencia, y quien la expone a oídos que escuchan.” (Si 25: 9) o

“Instrucción de inteligencia y ciencia ha grabado en este libro Jesús, hijo de Sirá, Eleazar, de Jerusalén, que vertió de su corazón sabiduría a raudales. Feliz quien repase esto a menudo; el que lo ponga en su corazón se hará sabio. Y si lo practica, para todo será fuerte, porque la huella que sigue es la luz del Señor.” (Si 50: 27-29)

De lo mismo se trata también la siguiente sentencia del profeta Isaías:

“La hierba se seca, la flor se marchita, mas la palabra de nuestro Dios permanece por siempre.” (Is 40: 8)

Entonces, comer la carne de Dios, la que es su Palabra, y beber su sangre que es el Espíritu Santo, significa adquirir la sabiduría Divina, es decir, llenándose de la razón y del amor Divino hacerse la imagen y semejanza del Señor.

Pero adquirirla impide la carne mortal del hombre, que siendo egoísta es contraria al concepto del amor Divino. Diciendo en otros términos, la carne impide la unión de Sem con Jafet, es decir, la unión del hombre con el Espíritu de Dios. Por eso la misma unión exige la “retirada” de la carne mortal y con ella a Can, su espíritu impuro. Fue eso que nos mostró Jesús con su autosacrificio, - Jesús que, según el apóstol Pablo, “es nuestra paz: el que de los dos *pueblos*² hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad, anulando en su carne la Ley de los mandamientos con sus preceptos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo la paz, y reconciliar

2. A la palabra “pueblos” hay que entenderla espiritualmente, pues se trata de las generaciones de Sem y de Jafet, es decir, del alma y del Espíritu Santo. Hacer de dos uno significa unir a Sem y Jafet, derrumbando a Can – el muro que los separaba. Véanse los capítulos anteriores y también el artículo “Las tres genealogías del hombre” que forma la tercera parte del Tríptico publicado en mi libro “El misterio de la Santísima Trinidad”, - “Credo” Bn.As. 2012

con Dios a ambos en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la Enemistad.” (Ef 2: 14-16)

Por su sacrificio Jesús mostró que todos sus seguidores deben hacer lo mismo, es decir sacrificar su carne al Espíritu Santo, - o diciendo de otra manera, montar a su asno para poder entrar a Jerusalén, es decir, dominar sobre sus pasiones, negarse de cualquier afecto excesivo hacia todo tipo de la atracción terrenal y durante toda su estancia sobre la tierra vivir según la Palabra de Dios llevándola a los otros hombres e intentando cumplir en todo no su voluntad, sino la de Dios, del modo que la Palabra y el Espíritu del Creador se hagan la carne y la sangre también de las otras personas. El apóstol Pablo decía refiriéndose a la Eucaristía: “Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga.” (1 Cor 11: 26)

Así que la esencia de la Eucaristía consiste en la comunión con la Palabra de Dios - que es la carne de Jesucristo- y con el Espíritu Santo - que es su sangre - y también en la divulgación posterior de la Misma Palabra para la edificación y salvación de muchos. La comunión comprendida fielmente equivale al nacer de Palabra y de Espíritu, al que se refiere Jesús destacando que “el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu.” (Jn 3: 5-6) Bajo el agua aquí se entiende la Palabra de Dios. Consiguientemente, él que no nazca de la Palabra de Dios y de su Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Y para nacer de la Palabra y del Espíritu, es necesario “crucificar la carne con sus pasiones y sus apetencias”. Como dice el apóstol, **“los que son de Cristo Jesús, han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias. Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu.”** (Gal 5: 24-25) Y no solo debemos obrar así, sino también pensar. En cuanto al crucificar la carne, significa prevalecer sobre ella, someterla al Espíritu. Entonces, la Eucaristía, como ya he mencionado, se trata de la *propagación de la Palabra de Dios* llena del Espíritu Santo, a fin de que influyendo sobre la inteligencia y sobre el corazón del hombre, forme su cuerpo espiritual.

Por eso explicando el significado de la Eucaristía el apóstol Felipe escribe:

“La Eucaristía es Jesús, pues a éste se le llama en siríaco «Pharisata», que quiere decir **«aquel que está extendido»** (...)” (Ev. s. Felipe 53)³

Aquí el sentido del “extendido” mencionado por el apóstol, equivale al del “dilatado” que usa Noé bendiciendo a Jafet:

“¡Haga Dios dilatado a Jafet; habite en las tiendas de Sem (...)!” (Gen 9: 27), donde, de hecho, el patriarca habla del objetivo de la Eucaristía, es decir, de la divulgación del Espíritu Santo en las almas de los hombres. En otros términos, aquí se habla de la restauración en el hombre de la imagen y semejanza del Señor, o de la Santísima Trinidad. Y lo que esa restauración requiere, no es un simple conocimiento de la Palabra de Dios, sino una alimentación constante con ella, para que el pensamiento de la Palabra y su Espíritu se hagan el pensamiento y el espíritu de los hombres. En eso consiste el objetivo de los tiempos que preparan al hombre para la entrada al Reino de Dios, o para el regreso al paraíso. Por eso, teniendo en cuenta precisamente la divulgación de la Palabra por todo el mundo, Jesús dice: “Se proclamará esta Buena Nueva del Reino en el mundo entero, para dar testimonio a todas las naciones. Y entonces vendrá el fin.” (Mt 24: 14) y el profeta Isaías profetiza: “Dichosos vosotros, que sembraréis cabe todas las corrientes y dejaréis sueltos el buey y el asno.” (Is 32: 20), - para que estos se alimenten con lo sembrado, es decir, para que el ser animal del hombre se transforme bajo la influencia del Espíritu Santo.

3. *Los Evangelios Apócrifos*, por Aurelio De Santos Otero, BAC

Así que, partiendo de todo lo dicho podemos concluir que el precepto de Jesús se interpreta de la siguiente manera: cuando Jesús “tomó (...) pan, y, dadas las gracias, lo partió y se lo dio diciendo: Este es mi cuerpo que es entregado por vosotros; **haced esto en recuerdo mío.**» De igual modo, después de cenar, la copa, diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros.” (Lc 22: 19-20), Él legó recordar que sacrificó su vida terrenal para mostrar que la vida del hombre no depende de la vida de su carne mortal, sino de la Palabra de Dios que los apóstoles deben propagar para la restauración del alma humana. La carne que encarceló al alma humana, es semejante al “**grano de trigo**” que, como dice el Señor, si “**no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto.** El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna.” (Jn 12: 24-25). Por eso, cuando Jesús distribuye el pan partido entre los apóstoles, en realidad, preceptúa a llevar su Palabra por todo el mundo. Pues, el objetivo final de la Eucaristía consiste en la sustitución de la carne y sangre del hombre viejo por la Palabra de Dios y el Espíritu Santo, es decir, en la formación del hombre nuevo que viva y respire sólo por ellos.

Pero ¿por qué Jesús eligió una orientación, digamos, “alimenticia” para acercar al hombre a la comprensión de la esencia del hombre viviente?

Lo hizo porque el hombre terrenal que consiste de la carne y sangre mortal y que no del todo se da cuenta de la existencia en él también del alma y del espíritu, el mantenimiento de su vida vincula precisamente con el pan y el vino que alegra su corazón en los tiempos. Pero, como dijo Jesús, “**No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.**” (Mt 4: 4) Efectivamente, como hemos visto, la Sagrada Escritura nos hace entender que bajo el pan eucarístico, o la carne del Señor, hay que entender precisamente la Palabra de Dios, y bajo el vino eucarístico, o la sangre del Señor, al Espíritu Santo. Quién puede entender, lo entenderá, y quién no puede hacerlo, pensará que come, aunque sea “espiritualmente”, la carne física del Señor y bebe su sangre física, asemejándose a los paganos caníbales. El “cristiano” que entiende la Eucaristía literalmente, se distingue de los últimos sólo por el hecho de que estos comían la carne humana de-facto, mientras que él lo hace en sus pensamientos - lo que no es menos criminal y revela su vida, según las imágenes de las concupiscencias carnales, es decir, “siguiendo las apetencias de la carne y de los malos pensamientos, destinados por naturaleza, como los demás, a la Cólera”.(Ef 2: 3). Pues las imágenes de los “asesinatos, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, injurias”- y también del canibalismo - son de influencia carnal y se originan por las intenciones malas que salen del corazón. (Mt 15: 19-20)

Como ya he notado, esa alegoría alimenticia es sólo una piedra de tropiezo. Quién la entiende literalmente, tropieza contra esa piedra en el camino hacia el Reino de Dios.

Pero a pesar de todas esas evidencias la Iglesia terrenal se ha tropezado contra esa piedra de tropiezo. Su enseñanza recuerda un espejo roto: cada uno de sus pedazos rotos refleja la verdad, pero en su conjunto el espejo roto la altera.

Ahora veremos, cómo la Iglesia entiende la Eucaristía.

Todas las confesiones cristianas reconocen la Eucaristía como uno de sus misterios, aunque lo entienden con algunas diferencias. No tengo intención de numerarlas, ya que se las puede leer en cualquier diccionario enciclopédico o religioso, pero me detendré sobre aquellas desviaciones que se manifiestan lo más claramente en la Iglesia Ortodoxa, en la Iglesia Católica y en la Iglesia Armenia y que, quizás, en menor grado, se observan también en las otras Iglesias.

Durante una entrevista con el monseñor Loguín, el metropolitano ortodoxo de Saratov y Volsk, la conductora del programa le pregunto: “¿Cómo entender las palabras del Señor: “si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros”? El metropolitano le contestó categóricamente: “Las hay que entender literalmente”.⁴

Su respuesta no sorprende, pues, según la enseñanza de la Iglesia Ortodoxa, durante la Eucaristía el pan y el vino por la acción del Espíritu Santo *milagrosamente se convierten en el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo*. Para entender, qué formas adquiere la semejante declaración, es suficiente recordar el siguiente relato del Antiguo Paterik⁵ ortodoxo que cita el sacerdote Alexandr Torik en su artículo sobre los milagros que afirman la veracidad de la Santa Eucaristía para los poco creyentes, publicado en idioma ruso en la web “La Fe ortodoxa”. Se trata de un ermitaño que, como se dice, “se confundía por su ignorancia” pensando que el pan de la Eucaristía no es esencialmente el Cuerpo de Jesucristo, “sino sólo su imagen.” Dos otros ermitaños, siendo seguros que él se confunde, rezaron para que el Señor abriera los ojos de él permitiéndole ver, que se equivoca. También el ermitaño mismo pidió ayuda de Dios para resolver sus dudas y conocer, cual es la verdad. Y Dios escuchó a todos. Cuando en el domingo siguiente los tres vinieron a la Iglesia y sentaron sobre la estera, “se abrieron sus ojos inteligentes, y cuando el pan fue puesto sobre el santo refectorio, sólo a ellos tres les pareció que vieron a un niño. Y cuando el presbítero tendió su mano para fragmentar el pan, he ahí el ángel del Señor descendió del cielo **con un cuchillo en su mano y acuchilló al niño y derramó su sangre en el cáliz. Y cuando el presbítero fragmentaba el pan en trozos pequeños, lo mismo hacía el ángel truncando pequeñas piezas del niño. Y cuando se acercaron para la santa comunión sólo al ermitaño que dudaba le fue dada para comer la carne ensangrentada.** Y viéndola él se espantó y clamó diciendo: creo, Señor, que el pan que se ofrece en el trono, es Tu Cuerpo y el cáliz es Tu Sangre. E inmediatamente la carne en su mano de nuevo se hizo pan, *como ocurre en los misterios* y lo tomó dando gracias al Señor. Y dijeron los ancianos: **Dios sabe la naturaleza del hombre, que él no puede comer la carne fresca y por eso convierte su Cuerpo en el pan y su Sangre en el vino para los que los toman con la fe....**”⁶

Así, la interpretación literal de las palabras del Señor origina en la imaginación de los hombres *unas imágenes sangrientas, verdaderamente canibales*. Y tal creencia viene instalada desde los tiempos antiguos. Veremos, por ejemplo, el libro de Malkov P. “*La introducción a la Tradición Litúrgica: Los misterios de la Iglesia Ortodoxa*”. En el capítulo “*El misterio de la Eucaristía*”⁷ de este manual para los futuros teólogos el autor

4. <https://www.youtube.com/watch?v=-LknN7174Ag> - Интервью митрополита саратовского и вольского Лонгина. От 4 октября. О таинстве святого причащения [Entrevista del metropolitano de Saratov y Volsk. Sobre el misterio de la santa comunión]

5. Paterik, del griego πατερικόν, o libro de los padres: πατερικόν βιβλίον), colección de sentencias ascéticas de los santos padres devotos o de relatos sobre ellos.

6. Александр Торик «Чудеса, подтверждающие для маловерных истинность Святой Евхаристии», «Вера православленная»: http://www.verappravoslavnyaya.ru/?Chudesa%2C_podtverzhdayushie_dlya_malovernyh_istinnostmz_Svyatoi_Evharistii

7. Малков П. Ю. Введение в Литургическое Предание: Таинства Православной Церкви. . (Курс лекций)_Под редакцией протоиерея Владимира Воробьева. Издание 2-е, расширенное и дополненное Москва, 2007. Учебное пособие одобрено кафедрой теологии Факультета дополнительного образования Православного Свято-Тихоновского гуманитарного университета - © Малков П.Ю., 2007© ПСТГУ, 2007. - Глава 7 «Таинство Евхаристии», параграф 1 «Духовный смысл таинства Евхаристии» [Párrafo 1 “El sentido espiritual del misterio de la Eucaristía”] http://azbyka.ru/tserkov/duhovnaya_zhizn/sem_tserkovnyh_tainstv/vvedenie-v-liturgicheskoe-predanie-tainstva-pravoslavnoj-tserkvi-all.shtml#%D0%93%D0%BB%D0%B0%D0%B2%D0%B0_7_%D0%A2%D0%B0%D0%B8%D0%BD%D1%81%D1%82%D0%B2%D0%BE

cita sentencias de los santos padres respecto a la Eucaristía. He ahí, por ejemplo, las del San Juan Crisóstomo que se convirtieron en una especie del pilar en cuya alrededor los teólogos construyen fantasías referidas a la Eucaristía y entre ellos el autor del mismo manual, que en una forma pintoresca intenta penetrar, como él dice, en la esencia “terrible” de este misterio.

“Según la palabra muy fuerte del San Juan Crisóstomo”, escribe, “que no cansa destacar el máximo realismo de nuestra comunión con el verdadero Cuerpo y con la verdadera Sangre de Jesucristo, el Señor nos dio su Cuerpo para que lo poseamos y lo comamos, con lo que nos mostró su gran amor. **“Pues a quienes amamos con intensidad, incluso con frecuencia les hincamos los dientes.”** ⁸

Aquí Crisóstomo máximamente claro expresa la misma idea de la posibilidad de nuestra comunión con el Cuerpo de Jesucristo: con esto la imagen misma de **“hincar” puede parecernos terrible, espantoso, hasta repugnante, pero los Santos Padres insisten en ella, marcando la realidad, hasta “fisiológica” de nuestra comunión con el Cuerpo y Sangre Divinos.** El San Juan Crisóstomo sin cansar desarrolla esa idea: en el Misterio de la Eucaristía, “según la Escritura, nos hacemos un cuerpo con Jesucristo, miembros de su Carne y huesos de sus huesos. Eso ocurre gracias al alimento que nos dio: mezcló a Sí Mismo con nosotros, para que seamos un ser, como forma un ser la unión del cuerpo con la cabeza. Y eso es la muestra del amor inmensa de Dios. “Moviéndonos a una mayor amistad, y mostrándonos el amor que nos tiene, no sólo permitió a los que le aman verlo, **sino tocarlo, comerlo, clavar los dientes en su carne, masticarla.**” ⁹ ¡He ahí que palabras fuertes! Así es el realismo máximo de nuestra participación en el Misterio de la Eucaristía.”

Aquí el santo padre y tras él toda la cohorte de los siguientes teólogos parecen olvidar que *tanto el Señor Mismo como su Verdad no pueden crear imágenes terribles y repugnantes*, que siempre son los frutos de las obras de la carne. Al contrario, las imágenes de Dios y de su Verdad son muy agradables siendo frutos del Espíritu Divino. Como dice el apóstol,

“las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes, sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios. En cambio el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley.” (Gal 5: 19-23).

Pero eso no es todo. Sumiso más a la declaración “autorizada” del San Juan Crisóstomo, que al sentido profundo de la Palabra de Dios, el mismo teólogo pronuncia - como confiesa - *“horribles escalofriantes palabras del San Juan Crisóstomo referidas a Jesucristo y pretendiendo “revelar” que durante la Cena: “Él Mismo bebió de su sangre.”* ¹⁰

Al respecto me hubiera gustado preguntarles a todos: si la alimentación Divina nos comulga con el Señor para avivarnos, muertos en los delitos, entonces, ¿con qué objetivo y con quién comulga el Señor Mismo que es la fuente de la Vida?

8. Homilía 24. § 4. - Obras de San Juan Crisóstomo. t.IV. Homilias sobre la Primera carta a los Corintios- Biblioteca de autores cristianos. Madrid 2012.

9. Homilía 46. § 3. Biblioteca patristica. Juan Crisóstomo. Homilias sobre el evangelio de San Juan /2. - Ciudad Nueva, 2001, Madrid.

10. Juan Crisóstomo. Homilía 82 de las Homilias sobre el evangelio de San Mateo, § 1: <http://es.scribd.com/doc/65897169/Homilias-sobre-el-Evangelio-de-San-Mateo-San-Juan-Crisostomo>

Como si no fuera suficiente, los teólogos, según el autor del mismo manual, perdiéndose más y más en su confusión hasta se preguntan: ¿si había comulgado Judas durante la Cena? Y rechazando esa posibilidad argumentan su rechazo de la siguiente manera: “En la casita de Sión fue realizada la primera eucaristía, y acaso ¿podría el Señor permitir que ya en aquel tiempo su grandeza se resulte rebajada por la comunión indigna de Judas?”¹¹

Con todo, ellos ni siquiera se dan cuenta que “razonan”, como aquellos de quienes el apóstol había dicho que “se ofuscaron en sus razonamientos y su insensato corazón se entenebreció: jactándose de sabios se volvieron estúpidos, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una representación en forma de hombre corruptible” (Rom 1: 21-23) y no admiten que el Señor Mismo respondió a esa pregunta a través de la conocida parábola sobre el sembrador:

“Una vez salió un sembrador a sembrar. Y al sembrar, unas semillas cayeron a lo largo del camino; vinieron las aves y se las comieron. Otras cayeron en pedregal, donde no tenían mucha tierra, y brotaron enseguida por no tener hondura de tierra; pero en cuanto salió el sol se agostaron y, por no tener raíz, se secaron. Otras cayeron entre abrojos; crecieron los abrojos y las ahogaron. Otras cayeron en tierra buena y dieron fruto, una ciento, otra sesenta, otra treinta. El que tenga oídos, que oiga.” (Mf 13: 1-9).

Si buscamos comentarios de los teólogos a esta parábola en su particularidad, los encontraremos muy exactos, y tanto más que la explica el Jesucristo Mismo diciendo:

“«Vosotros, pues, escuchad la parábola del sembrador. Sucede a todo el que oye la Palabra del Reino y no la comprende, que viene el Maligno y arrebató lo sembrado en su corazón: éste es el que fue sembrado a lo largo del camino. El que fue sembrado en pedregal, es el que oye la Palabra, y al punto la recibe con alegría; pero no tiene raíz en sí mismo, sino que es inconstante y, cuando se presenta una tribulación o persecución por causa de la Palabra, sucumba enseguida. El que fue sembrado entre los abrojos, es el que oye la Palabra, pero las preocupaciones del mundo y la seducción de las riquezas ahogan la Palabra, y queda sin fruto. Pero el que fue sembrado en tierra buena, es el que oye la Palabra y la comprende: éste sí que da fruto y produce, uno ciento, otro sesenta, otro treinta.»” (Mt 13: 18-23)

Se da impresión que los padres de la Iglesia no sacan conclusiones de escala, que descubren vínculos entre los hechos bíblicos aparentemente no relacionados entre sí. Si no, ¿cómo, entonces, explicar esa pregunta referida a Judas?

Es evidente, que la misma se explica por la mala interpretación de la esencia de la Eucaristía. Judas es sólo uno de los suelos, sobre los cuales cayó la semilla del Sembrador. Dará fruto esta semilla o se perderá, depende de las cualidades del suelo. Y ¿quién puede decir que entre los millones que comulgaron durante 2000 años de la existencia de la Iglesia no se encontró ningún traidor o que en todos esos hombres se reflejó Jesús?

Todo lo dicho se refiere también a la Iglesia Católica. Como ya mencioné, respecto a la Eucaristía ella ha adoptado la misma posición que la Iglesia Ortodoxa o la Iglesia Armenia, a saber - dejando, por supuesto, a un lado los detalles - cree que **“la eucaristía es el sacramento en el cual bajo las especies de pan y vino, Jesucristo se halla verdadera, real y substancialmente presente, con su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad.”**¹² E igual que la Iglesia Ortodoxa, ella también está “enriquecida” con los “milagros eucarísticos”, el más famoso de los cuales es el milagro de Lanciano.

Ocurrió, como se sabe, en Italia, en el año 780. Lo originó la misma duda sobre la

11. Véase la nota 7

12. Véase, por ejemplo, La Eucaristía como sacramento. <http://www.es.catholic.net/conocetufe/365/820/articulo.php?id=8380>

presencia real de Jesús en la Eucaristía, que tenía un hieromonge de la Orden de San Basilio. Un día, según la tradición, celebrando la Santa Misa en la parroquia de Lanciano, elevó la hostia y pronunció las palabras de la Consagración e inmediatamente la hostia se volvió un círculo de carne y el vino en sangre y todos los presentes lo vieron. Se dice que hasta hoy la carne se mantiene intacta y la sangre se coaguló en pequeñas bolitas. Los análisis científicos han declarado que la carne es de origen humano y se identificó como la capa de un músculo del corazón. Se encontró que la sangre tenía todas las propiedades, proteínas y químicos de la sangre humana fresca. Y porque eso contradice a las leyes elementales de la física, los científicos no pueden explicarlo.¹³

Yo añadiría que eso contradice - principalmente - a la Palabra de Dios que a través del apóstol dice muy claramente que “la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de los cielos: ni la corrupción hereda la incorrupción.” (1 Cor 15: 50) y que “del mismo modo que hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevaremos también la imagen del celeste.” (1 Cor 15: 49) En cuanto a la imagen celestial del hombre, no la podemos considerar como su imagen terrenal.

Y lo que se refiere al milagro de Lanciano y a muchos otros semejantes milagros, aunque lo sean de verdad, no se sabe con qué fuerza fueron hechos. Pues los puede hacer tanto Dios como también su adversario. No fue casual la declaración de Jesús que “surgirán falsos cristos y falsos profetas, **que harán grandes señales y prodigios, capaces de engañar, si fuera posible, a los mismos elegidos.**” (Mt 24: 24) Tampoco fue casual la advertencia de los apóstoles respecto al Impío, cuya venida “**estará señalada por el influjo de Satanás, con toda clase de milagros, señales, prodigios engañosos, y todo tipo de maldades que seducirán** a los que se han de condenar por no haber aceptado el amor de la verdad que les hubiera salvado. Por eso Dios les envía **un poder seductor que les hace creer en la mentira, para que sean condenados todos cuantos no creyeron en la verdad y prefirieron la iniquidad.**” (2 Tes 2: 9-12)

También el Apocalipsis de Juan nos cuenta de milagros que realizará la bestia saliendo de la tierra. Como dice, “**realiza grandes señales**, hasta hacer bajar ante la gente fuego del cielo a la tierra; y **seduce a los habitantes de la tierra con las señales** que le ha sido concedido obrar al servicio de la Bestia, diciendo a los habitantes de la tierra que hagan una imagen en honor de la Bestia que, teniendo la herida de la espada, revivió.” (Ap 13: 13-14)

Y después, un poco abajo añade:

“Y vi que de la boca del Dragón, de la boca de la Bestia y de la boca del falso profeta, salían tres espíritus inmundos como ranas. **Son espíritus de demonios, que realizan señales y van donde los reyes de todo el mundo para convocarlos a la gran batalla del Gran Día del Dios Todopoderoso.**” (Ap 16: 13-14)

¿Cómo, entonces, los buscadores de los milagros distinguirán los del Anticristo y de sus seguidores de los milagros de Dios, si no conocen la esencia verdadera y la forma de la Palabra de Dios? - Son asemejan a aquellos escribas y fariseos que antaño preguntaron a Jesús:

“«Maestro, queremos ver una señal hecha por ti.» Mas él les respondió: «**¡Generación malvada y adúltera! Una señal pide, (...)**” (Mt 12: 38-39) Y en otro lugar añadió irónicamente: “**Si no veis señales y prodigios, no creéis.**” (Jn 4: 48)

13. Sobre este y otros milagros eucarísticos se puede encontrar mucha información en Internet.

Las fuerzas de la oscuridad aprovechan esa singularidad del hombre, para llevarlo a la confusión, no permitirle despegar su mente del mundo carnal y sumergirse en el mundo verdaderamente espiritual.

Concluyendo quiero repetir que el pan y el vino son alegorías comparativas destinadas a mostrar que, como nuestro cuerpo físico necesita el pan y el vino para el mantenimiento de su vida temporal, así nuestra alma, o el cuerpo espiritual, necesita la Palabra de Dios llena del Espíritu Santo para la vida eterna. Por eso la Eucaristía no se refiere al cuerpo físico del Señor, sino a su Palabra que se hizo el contenido de su alma, o de su cuerpo espiritual. El pensar al revés origina muchas aberraciones, la principal entre las cuales es **la adoración de las reliquias** con todas sus consecuencias. Y por lo que cómo el hombre entiende las palabras de Jesucristo y qué come, a su juicio, durante la Eucaristía, se revela el grado de su espiritualidad, a saber: ¿qué tiene más en su mente – los pensamientos carnales o los espirituales? Pues se trata de la medida que mencionó Jesús diciendo: “a quien tiene se le dará y le sobraré; pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará.” (Mt 13: 12). Así que las parábolas son unos catalizadores que muestran en qué siembra el hombre. Como dice el apóstol, “el que siembre en su carne, de la carne cosechará corrupción; el que siembre en el espíritu, del espíritu cosechará vida eterna.” (Gal 6: 8) Siembran en la carne aquellos que el pan eucarístico entienden literalmente, mientras que la resurrección para la vida eterna exige que nuestro cuerpo se forme por la Palabra de Dios, es decir, que la Misma se convierte en nuestra carne y sangre. Ese es el sentido de la Eucaristía, según la Sagrada Escritura.